



18 de febrero de 2017

IGLESIA EN SALIDA, POSIBILIDADES, DESAFÍOS, RETOS Y TENTACIONES DE LA EVANGELIZACIÓN EN MADRID

XVII JORNADA DE
APOSTOLADO SEGLAR



PONENCIA DE D. JOSÉ BELTRÁN ARAGONESES Y
PALABRAS DE D. CARLOS OSORO

XVII JORNADA DE APOSTOLADO SEGLAR

IGLESIA EN SALIDA, POSIBILIDADES, DESAFÍOS, RETOS Y TENTACIONES DE LA EVANGELIZACIÓN EN MADRID

Cuando me dieron a conocer el nombre de la ponencia yo me preguntaba: ¿cuál es el papel de los laicos hoy?, ¿cuál es nuestro papel? Lo mejor es que lo descubramos juntos. Para esto les han entregado un papel vegetal a la entrada y, como veo que estamos de toda la semana un poco cansados, con la mochila cargada –aunque gracias a la Eucaristía hemos retomado fuerzas–, vamos a hacer eso que nunca nos han permitido hacer o que en algunos momentos está mal visto y que, sin embargo, es necesario cuando uno está que ya no puede más. Les invito a que preparemos este papel para lanzarlo, a que hagamos una bola, sin romperlo, y prepararse para lanzarlo. Ahora que ya lo tenemos preparado, nos vamos a quedar con las ganas, vamos a intentar hacer ahora el proceso a la inversa, intentar –con los medios que tenemos, con la carpeta, con el asiento, con lo que podamos– que vuelva a su origen, tal y como lo teníamos en unos segundos. Es difícil. Vamos a intentar que se quede lo más parecido a como lo teníamos en origen.

Vamos a contemplar nuestro papel, ese que tenemos cada uno. Este es el papel de los laicos en la Iglesia: es un papel arrugado, arrugado por nuestra historia, por la historia de la Iglesia. Esto no significa que sea un papel que no sirva, sino que es un papel que tiene historia, y Francisco precisamente nos propone eso: no nos invita a coger toda la historia de la Iglesia, hacerla un burruño y tirarla a la papelera, sino todo lo contrario; nos invita a coger toda esa historia y a escribir a partir de ella. Evidentemente en un papel como este que está arrugado resulta algo más complicado escribir, y en algún momento precisamente por estas hendiduras que ha ido cogiendo el papel si intentamos escribir con pluma puede hasta emborronarse, pero eso no significa que no valga sino todo lo contrario. La propuesta es que aun siendo un papel arrugado, aun siendo un papel con historia, sigue siendo un papel en blanco. Esa es la invitación, primero, que Dios nos hace cada día en el regalo de poder escribir nuestra historia una vez más a pesar de haber metido la pata el día anterior y hasta el fondo, y es la propuesta que se nos hace en esta Iglesia en salida, en esta Iglesia en salida universal y también en esta Iglesia en salida en concreto en Madrid.

Y hablábamos de historia. Es una arrugada pero es nuestra historia; no voy a detenerme mucho en estos detalles pero ya saben que fue León XIII el primer Papa que habló del apostolado seglar, del apostolado de los laicos, para hacer una llamada importante a que los laicos tenían una presencia en el mundo de autoridad desde el ejemplo. A partir de ahí –segunda mitad del siglo XIX– los círculos sobre los católicos, llega Pío X que es el que

acuna la Acción Católica y Pío XI el que la bautiza, Pío XII es el que hace esa declaración clave de “*Ellos son la Iglesia*”, el Concilio Vaticano II con todo lo que implica, y Juan Pablo II que habla de miembros de pleno derecho y también deja claro que una Iglesia sin laicos no es Iglesia, es decir, una Iglesia sin pueblo, que sólo cuenta con el cuerpo jerárquico, no tendría sentido.

Hay que volver a los orígenes. Lo decía D. Carlos, no tiene sentido hablar hoy de una Iglesia sinodal si no entendemos que Jesús fue el primero que hizo un envío sinodal. Él no dijo “os envío a todos, menos a los laicos”, “os envío a todos pero las mujeres no anunciéis el Evangelio”, o “los casados sí pero los solteros no”. Es decir, que viene de antiguo, desde nuestros orígenes, desde nuestra esencia, desde la primera arruga de este papel.

¿Qué ocurre?, que la Iglesia ha estado atenta a los signos de los tiempos y desde ahí se ha hecho un camino y se ha hecho un proceso de evangelización. Y no me vengo muy atrás: Juan Pablo II, la llamada a la nueva evangelización, en una época de secularización galopante; Benedicto XVI, la necesidad del encuentro desde el atrio de los gentiles y Francisco con esa Iglesia en salida. Con Francisco es una sorpresa, y cada vez que uno bucea se encuentra documentos nuevos y palabras nuevas, o nuevas manera de decir lo que ya conocíamos, y me topé con un texto de Francisco a los catequistas de Buenos Aires, en el que directamente les decía a estos laicos que había que salir a la calle: “*Tenemos que salir ahora a hablarles a esta gente a la ciudad, a quien vimos en los balcones*”. Él utilizaba la expresión “*salir de nuestra cáscara*”, ¿por qué “salir de nuestra cáscara”? porque cuando hablamos normalmente de Iglesia en salida, en seguida ponemos la mirada en planes pastorales, en acciones, en iniciativas creativas, y se nos olvida que la resistencia más importante es la que llevamos nosotros en el interior, el habernos acomodado en nuestra zona de confort, a nuestra manera de hacer cada uno las cosas y saber que esa barrera es la más complicada. Lo más sencillo es tirar de los 4 cardenales, decir que en ellos recae toda la responsabilidad de que esto no marcha bien, o de algún que otro sacerdote u obispo que tampoco acaba de entrar en esta idea de Iglesia en salida, y con eso nos conformamos, y sin embargo no miramos que la primera resistencia –y quizás la más importante– es la que surge de nuestro interior.

Me preocupa si es porque estamos dormidos, pero esto es fácil, porque con despertarnos, con que venga alguien a agitarnos un poco, vale. Pero sí que es más preocupante si en lugar de dormidos estamos anestesiados, si ahí lo que hay es una intencionalidad verdadera de quedarnos de brazos cruzados esperando a que pase este pontificado como si fuera un dolor de cabeza: se deja pasar unos días –en el caso de esta propuesta de Iglesia en salida, unos años–, y ya todo volverá a su orden y volveremos a ser una Iglesia que se preocupe de los de dentro sólo. Ese es uno de los riesgos que corremos, y cuando se hablaba de tentaciones

en esta Iglesia en salida, creo que es una de las alertas que tenemos que tener siempre encendida.

¿Por qué hay que salir? Porque no vienen a nosotros, no descubro nada nuevo. A nuestras iglesias no están entrando, y no basta con abrir las puertas porque siguen sin querer entrar. Y no sólo sin querer, sino porque en algún caso el mensaje que les ha llegado es que nos hemos reservado el derecho de admisión y, cuando uno se reserva el derecho de admisión; el que está fuera no quiere entrar porque no se siente invitado a entrar, y si alguien no se siente invitado a entrar a nuestra casa habrá que mandarle invitaciones, y tendremos que salir. Muchas veces hemos dado la sensación de que sólo pueden atravesar el umbral de nuestras parroquias, el umbral de nuestros colegios, el umbral de nuestros centros de orientación familiar, los perfectos, cuando sabemos que en nuestra historia “arrugada” los primeros invitados a entrar son todo lo contrario, son todos estos imperfectos. Si vamos más allá y nos miramos al interior de cada uno, descubrimos que es imperfecta la gente normal, la gente cotidiana, nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros amigos con los que compartimos vida.

¿Cuál es la manera? Nuestra tarea inmediata es buscar y encaminar. Buscar a los otros y encaminarles a Jesús. No es encaminarles a la Iglesia, no es encaminarles hacia el mensaje, sino encaminarles hacia el encuentro con Aquél que nosotros hemos experimentado que nos ha salvado. Y de ahí, esa necesidad de salir es lo mismo que nos planteábamos. Primero: como una conversión, como un cambio permanente, y ahí el Papa Francisco es el que nos sirve de ejemplo a los laicos. En muchas ocasiones nos llenamos de argumentos y puede ser nuestra situación familiar, en el contexto personal, nuestra edad, y sin embargo Francisco es el primer ejemplo de Iglesia en salida. Quién iba a decirle a él, quién iba a decirnos a los periodistas cuando le habíamos quitado de todas las quinielas, que iba a ser elegido Papa con 75 años, cuando había presentado su renuncia oficial, cuando estaba esperando que le mandaran ya la carta de jubilación y cuando él mismo tenía sus planes hechos, tenía reservada ya su habitación en la residencia de sacerdotes mayores de Buenos Aires. Sin embargo, no sólo eso, sino que acepta el plan que Dios quiere para él. Inicia un proceso de conversión, no es maquillaje lo que tiene el Papa Francisco y él mismo lo cuenta, “*yo soy el mismo de ayer*”, pero sí que está abierto a la novedad y esa novedad le lleva, por ejemplo, a hablar con los periodistas, cosa que no había hecho hasta ese momento, era una persona que su contacto con los medios era muy poco; parece impensable en alguien que vemos que se ha convertido en un líder global y mediático que seduce a las cámaras, seduce a los fotógrafos, que es capaz de llegar a todos con la palabra, resulta que en Buenos Aires él no era así, también entendido desde el contexto social y político que ha vivido el país.

Pero sin embargo el Espíritu actúa, pero, claro, ese Espíritu actúa cuando hay una verdadera iniciativa de conversión personal, y ese es el primer paso que –insisto– es el clave: hasta que no tengamos una conversión personal como laicos, es imposible hablar de Iglesia en salida. Porque está, primero, ese “Yo” que es nuestras resistencias pero también las resistencias de los otros. En muchos momentos consideramos que tenemos falta de autocrítica, que la culpa de que nuestra Iglesia no esté en salida o no llegue a los demás primero es del mundo, de un mundo que es hostil, que es indiferente y que, incluso, va contra nosotros. Y por otro lado el echar la culpa a los otros, a quienes mandan. Es decir, entrar en dicotomía de Iglesia base y jerarquía, de laicos – clero, de quienes ejecutan y quienes deciden, de quienes son objeto de la acción pastoral y quienes son sujetos responsables de la acción pastoral. Si mantenemos estas dicotomías es difícil ser Iglesia en salida.

De la misma manera que es difícil ser Iglesia en salida si confundimos lo que es esencial con lo que es tradición, el “siempre se ha hecho así”. Igual que ocurre a cualquier institución que tiene largo recorrido, una de las principales tentaciones es pensar que aquello que ha formado parte de la historia forma parte de la raíz. En ocasiones puede ser así, pero en otras son simples adherencias que han podido ser necesarias en un momento determinado de la historia, pero que ahora resultan fáciles de molestar y que, lejos de ayudar, dificultan. Por eso no hay que tener miedo en este tiempo de Iglesia en salida a romper algunas estructuras, sin que esto signifique renunciar al pasado; nuestra historia y nuestra memoria –es otra de las palabras que repite constantemente el Papa Francisco– es importante, porque el Evangelio forma parte de esa memoria, y el Evangelio es una memoria que se hace actual, que se hace hoy.

Por eso, una de las frases clave también en el pontificado es esa idea de que la fidelidad es cambio, cualquiera de los matrimonios que esté presente sabe que o uno vive esa fidelidad desde una actualización permanente y desde una búsqueda del enamoramiento constante o, si no, es imposible seguir adelante.

Tenemos ese proceso y esa conciencia de que hay que hacer un cambio personal y que hay que ponerse en salida pero ¿hacia dónde nos dirigimos?, ¿cuál es el contexto en el que nos encontramos? Y aquí hablo desde mi experiencia personal. Tuvimos la suerte de plantear hace poco, a raíz del sínodo de los obispos que se plantea para el año que viene con la mirada puesta en los jóvenes, el documento preparatorio hablaba de la acción e invitación a las conferencias episcopales a ponerse en diálogo con los jóvenes no creyentes. Precisamente creo que habíamos hecho muchos análisis de lo bien que trabajan, de cómo dan el callo y de muchas situaciones cómo se encuentran aislados los jóvenes católicos en sus ambientes, en las universidades, en los colegios, en sus barrios. Pues es el momento de

conocer a los que están ahí fuera, qué piensan ellos, qué mirada tienen de la Iglesia. Es verdad que a mí me sirvió para hacer un poco a la idea, y recoger distintas ideas que venía dándole vueltas y que sin embargo, el hablar con ellos –cinco jóvenes, y nos acompañó también el padre Damián, redentorista que se hizo muy popular por el concurso de La Voz–, yo sí que saqué conclusiones que yo tenía ahí más o menos claras pero que nunca certificaron. Primero descubrí que nuestra sociedad, a pesar de lo que en muchas ocasiones hemos querido creer, no está en contra de la Iglesia. Sí que hay sectores y grupos, que tienen presencia, que tienen fuerza, que son anticlericales, pero yo no creo en el mito del anticlericalismo galopante, no creo que toda la sociedad esté contra nosotros. De estos cinco jóvenes, que tenían realidades muy diversas –una chica que había ido de misiones con una cooperante religiosa y ahora ha fundado su propia ONG, un chaval por ahí que vota a los morados que precisamente es hijo de una familia cofrade al máximo, otro chaval que es homosexual–, y ninguno de ellos expresó condena alguna por los principios de la Iglesia. Es más, llegaban a decir que la Iglesia estaba llamada a ser brújula en determinados momentos a orientar a la sociedad.

Lo que sí recriminaban es que no fuera ejemplo, que no fuéramos auténticos, que en muchas ocasiones predicáramos una cosa y dijéramos otra, y eso a mí me interpelaba. Pero en ningún momento había en ellos una predisposición en contra del hecho religioso o en contra de la Iglesia. Sí en contra de lo institucional, pero como lo tenían y así lo verbalizaban también respecto a los partidos políticos, a los sindicatos, a organizaciones de jóvenes que decían representarles... Pero en ningún momento esa condena directa a la Iglesia, en cambio sí había en ellos –porque todos están bautizados– un poso de valores cristianos, unos valores que precisamente decían que sabían que son los que edifican nuestra sociedad.

¿Qué conclusión saqué de esta conversación? Primero, que la Iglesia ya no es referencia, bien es cierto y lo saben. Ya salió hace unos días el CIS en el que se vuelve a reconocer que el setenta por ciento de los españoles se consideran católicos, hay una base social que sí que reconoce que los valores del Evangelio y los valores de la Iglesia configuran su vida, eso es importante, pero sólo un diez por ciento pisan nuestras parroquias en ese mismo CIS. ¿Por qué ocurre esto?, porque es verdad que ha cambiado nuestra sociedad, y ha cambiado la plaza pública. En la plaza del pueblo ya saben, antes cuando había que organizar una fiesta siempre se invitaba al alcalde, al médico, al cura y si había a algún ilustre. Ahora en esa plaza hay mucha más gente con voz y mucha más gente con voto y ¿qué hacen los que estaban antes en la plaza? Ahora no nos invitan, pero no nos invitan porque nos quieren dejar de lado, sino porque uno se tiene que ganar el puesto en la plaza pública, uno tiene que mostrar que está interesado en estar en esa plaza, no que tienen que ir a llamar a su puerta para que venga a la plaza a la fiesta, todos no estamos convocados en la plaza pública. Y ese es el lugar que nos toca recuperar a nosotros como cristianos, el estar ahí presentes y

dispuestos a hablar con estos cinco jóvenes que tienen su historia detrás y con todos aquellos que son diferentes porque ellos van a estar en la plaza, ellos sí van a estar esperándonos allí fuera de las puertas de nuestra parroquia para escucharnos, algunos –insisto– sí que van a estar con las espadas en alto, pero la mayoría no, la mayoría está deseando escuchar y deseando compartir.

Escuchemos pues a los de fuera porque a lo mejor nos pueden decir mucho más de cómo hacer Iglesia en salida que nosotros con nuestros análisis internos. Desde ahí, conociendo este contexto, ¿cuál es la primera actitud o cuál es la actitud fundamental que, desde mi experiencia, hemos de seguir para ser Iglesia en salida los laicos? Pues estar dispuestos a mancharnos de misericordia. El otro día escuchaba a Ruth Chaparro, es una mujer que ha venido desde Colombia en la última campaña de Manos Unidas para dar a conocer los proyectos que tiene Manos Unidas allá con los indígenas, y me hacía reflexionar mucho porque ella decía que embarrarse es llenarse de barro, y el concepto que tenemos aquí de embarrarnos es de ensuciarnos, con lo cual tiene una connotación negativa porque lo asociamos a la basura. Y me decía: cómo podéis asociar a la basura, si el barro es tierra y la tierra es creación. Desde ahí a mí sí me interpelaba porque justo estaba rematando la ponencia. Es que nos toca embarrarnos y embarrarnos siendo consciente que en esa plaza pública ¿qué nos vamos a encontrar? Lo que nos vamos a encontrar es obra de Dios, es creación, son sus hijos, ellos no son conscientes de que lo son, pero nosotros sí sabemos que son hijos de Dios. Desde ahí ¿qué nos toca?, esa expresión que se nos puede quedar tan caduca y tan superficial si se nos llena la boca y no se nos llena el corazón de la “cultura del encuentro”, es la propuesta que hace el Papa de encontrarnos con el otro y no condenarle.

Porque Francisco nos invita –y lo concretaban los jóvenes en la última Jornada Mundial de la Juventud en Cracovia– a la necesidad de salir con las botas puestas, pero salir con las botas puestas pero no armados hasta los dientes. Salvo que uno se acerque a un pobre o a un enfermo que esté en una situación de contagio, que sabe que tiene que ir con todas las precauciones del mundo, ninguno de nosotros entenderíamos que si nos ponemos a dialogar o nos ponemos a hablar con la persona que pide en el Mercadona que tenemos al lado de casa, o en el Ahorramás, lo hiciéramos con mascarilla y con guantes, quedaría ridículo. Pues en ocasiones, cuando queremos acercarnos no a las periferias reales sino a las periferias existenciales, cuando nos acercamos a alguien que tiene una ideología distinta, que piensa diferente a nosotros en lo que se refiere a la concepción de la familia, o a la manera de ver el trabajo, nos acercamos a ellos con guantes y mascarilla, por si acaso nos contagia, por si acaso las ideas que tienen de alguna manera se pueden colar en nosotros. Si nosotros estamos seguros de que nuestra hora de ruta la marca el Evangelio, ese miedo no se genera, y vamos con las botas puestas pero no vamos armados hasta los dientes. Y no sólo eso, sino que no llevar esa mascarilla nos permite hablar de tú a tú con el otro, y descubrir en él algo

distinto a lo que nos podíamos imaginar. De nuevo eso implica, como hablamos antes de las adherencias, la necesidad de compartir con el otro lo que es esencial para nosotros y evitar todo dogmatismo.

No podemos pedirle al que tenemos enfrente que nos dé un curriculum o que nos enseñe el DNI a la hora de empezar este diálogo de ser Iglesia en salida. Yo no sé si os imagináis a Jesús cuando contaba la parábola del buen samaritano, si al hombre que estaba tirado en el camino se le hubiesen pedido los papeles, si tenía los papeles en regla o no, o si era un delincuente o no. O cuando ve a la samaritana, Él era perfectamente consciente de toda esa historia complicada que tenía la samaritana detrás, y sin embargo su interés no era preguntar con cuántos se había acostado o con cuántos había mantenido relaciones, simplemente se pone con ella y la acompaña a ella. Pues eso nos puede ocurrir, y os cuento aquí también una experiencia de esta misma semana.

Sabéis que ahora los partidos políticos, cuando se preocupan de determinados asuntos, los sacan de la chistera y en estos días ha tocado sacar el tema de la maternidad subrogada, bioética, vientres de alquiler. Nosotros como cristianos, como Iglesia, tenemos clarísimo el lugar en que estamos. El otro día contestaba muy bien don Carlos cuando le preguntamos en una rueda de prensa y contestaba que la vida no se alquila, que no podemos vivir en alquiler, con todo lo que supone además de explotación hacia la mujer, de negocio, más allá de todas las alegaciones y todas las complicaciones desde un punto de vista ético y moral. Desde esa mirada dije al equipo de encontrarnos cómo está el asunto, cómo lo vive la sociedad, cómo lo viven los nuestros, cómo lo viven los de fuera, qué opinión tienen los distintos sectores y vamos a hacer una foto, que es la parte primera de la revista que es un informe expresando las distintas voces y las distintas situaciones. Además, yo –con todo lo que les he dicho antes que teníamos que ir sin condicionantes afuera–, yo tenía mis condicionantes hechos, al ser un tema facilísimo de tratar porque nos vamos a topar, si buscan algún ejemplo, encontramos alguna pareja homosexual, una madre soltera y tenemos resuelto el tema, todo muy bien cerrado y, además, en el editorial, sencillito de hacer, porque tenemos clarísimo en la Iglesia nuestra postura, cuál es nuestra mirada y no hay fisuras.

Hasta que nos encontramos con este matrimonio que ven ahí, un matrimonio de una parroquia de Madrid. Estuvieron cinco años buscando la manera de que ella se quedara embarazada por todos los medios posibles a su alcance desde el punto de vista ético y moral, y les fue imposible. No sólo eso, sino que además los tres años siguientes estuvieron buscando la manera de adoptar y también se les torció. Hicieron su proceso, con acompañamiento, y llegaron a la conclusión de echar mano de la maternidad subrogada. No sólo eso sino que la madre, la gestante, se encuentra en Estados Unidos, lo hace de forma altruista y además es madre de familia, casada, con una situación económica estable, y

cristiana, protestante, que siente que ese don que ha tenido ella de dar vida a los suyos lo quiere compartir con mujeres que no pueden. Hoy esta familia –Sofía tiene 3 años– se siente integrada en su parroquia, tanto en la de aquí de Madrid como en la de su pueblo de Toledo. Esto es Iglesia en salida, esto es lo que nos vamos a encontrar cuando salgamos; no nos vamos a encontrar con situaciones fáciles, nos vamos a encontrar con situaciones personales que son difíciles de afrontar.

Ayer hablaba con una experta de Bioética y me decía que moralmente es reprobable, pero éticamente el comportamiento de la familia y el comportamiento de esta mujer, pues caben muchas dudas. ¿Qué hacemos como Iglesia? Pues como Iglesia evidentemente tenemos que actuar –y más en un tema como este– como madre, mostrar el magisterio y educar en el magisterio, y ser pedagogía con estas familias y decirles dónde se sitúa la Iglesia. Porque una vez que ellos toman la decisión, hay que acompañarles, y acompañarles como hijos que son de la Iglesia y es ahí donde es complicado. ¿Qué es lo sencillo?, utilizar recetas: ustedes están fuera y ustedes están dentro, no complicarse. Lo comparto porque no tengo la respuesta, es un tema que evidentemente como ocurre con otros muchos asuntos –como saben que está en el debate las interpretaciones de *Amoris Laetitia* y los divorciados vueltos a casar–, no se pueden establecer ni siquiera categorías. Hay que acompañar caso por caso, y evidentemente la situación de esta familia es señal de que la vida no es tranquila.

Pero ¿qué hacemos con esta familia una vez que ha tomado la decisión y una vez que lo han hecho?, evidentemente a lo mejor les ha faltado un acompañamiento previo, ese acompañamiento en el dolor y en el sufrimiento ante la infertilidad, esa manera de haber hecho pedagogía para en lugar de llegar a este punto, haber buscado otras vías posibles. Ahí es donde nos toca ser Iglesia en salida, porque en este acompañamiento al matrimonio no están todos los obispos, no están todos los cardenales, no están todos nuestros vicarios y nuestros sacerdotes. Saben que la pastoral familiar está en la mayoría de los casos puesta en manos de laicos, en manos de nuestros centros de educación familiar y ahí lo único que vale es el acompañamiento.

Aquí lo dejo como interrogante, a mí me lleva toda la semana interpellando y removiendo esa familia, además de rezar por ellos y por todas las situaciones porque a mí no se me escapan todas esas dudas que todavía quedan: cómo va a ser la relación con esa madre gestante, y cómo es ese cariño hacia la niña, y cuando esa niña crezca y se lo cuenten cómo va a ser su reacción. Claro que tiene unas aristas que hace que las entrañas de uno se muevan, pero estas son las realidades con las que nos vamos a topar. Ojalá nos encontráramos con realidades más sencillas a las que darles respuestas más sencillas, respuestas de libro.

Desde ahí ¿qué ocurre?, ¿cuál es un cambio de paradigma que sí que se dio o que yo al menos percibí en el último sínodo de la familia, y que es aplicable a nuestro lugar y a nuestro papel de laicos en la Iglesia?: el ver situaciones peliagudas como esta como oportunidades y no como amenazas. Por ejemplo, en el caso de los jóvenes que se van a vivir sin casarse. Evidentemente claro que sabemos que esto no va dentro de la propuesta que hace la Iglesia sobre la familia y sobre el matrimonio, pero o podemos condenarles o podemos ver en ellos elementos constructivos y puntos de partida. Se acompaña y se acoge y se abre sin proselitismo, y sin condiciones, esas son las claves.

Alguien dirá “claro, lo que estamos es de rebajas, el cristianismo de oferta, que ahora todo vale, estamos en la época del relativismo”. Primero, el cristianismo no se rebaja, pero sí se abaja. Dios se abajó y se hizo hombre, y no sólo se hizo hombre sino que además entre todos los hombres eligió hacerse pobre en una aldea perdida en Belén. Dios nos regala la fe de una manera gratuita, Dios es gratis, con lo cual entrar en la dicotomía de si rebajamos o no rebajamos, es entrar en un berenjenal del que no saldríamos.

Si, además, analizamos la parábola del hijo pródigo, vemos que el padre se arremangó y sale corriendo a la búsqueda del hijo que se fue y que vuelve. Y ustedes me dirán “claro, entonces es que tenemos un corazón blandurrio”, pero si lo miran como corazón blandurrio, la verdad, es preocupante. Yo prefiero verlo como corazón de piedra que se transforma.

No sé si vemos la diferencia entre abajarse y rebajarse. Con lo cual entra en otra etapa. Cuando hablamos de un acompañamiento personal y de que tenemos que salir al encuentro de nuestra vecina del quinto, que tenemos que ir al rescate de la persona que tenemos pidiendo en el Ahorramás, o tenemos que salir a la búsqueda y a la escucha de nuestro familiar que se acaba de separar, implica que no valen las recetas, sino que la única vía es el discernimiento.

Y ahí es donde vuelvo y retorno a la idea de lo blandengue. Francisco apuesta por una pastoral de máximos, pero esa pastoral de máximos pone por delante a la persona y ahí es donde tenemos que andar. Primero con cuidado porque es verdad que hay que confiar en el otro, pero él utiliza una expresión que a mí me ha gustado mucho, que no es muy popular o no es de las que se relacionan con el Papa Francisco, que él la llama la “santa astucia”, y él dice que es una virtud. La define como *“Aquella sagacidad espiritual que nos permite reconocer los peligros para evitarlos”*, y pone el ejemplo de los Reyes Magos. Lo dice en varios momentos, sobre todo insiste mucho en ello las misas de Santa Marta, pero yo lo he cogido de una misa de la Epifanía y ponía el ejemplo de los Reyes Magos, que tuvieron la santa astucia de, en el camino de vuelta, no pasar por el palacio de Herodes sino buscar y volver por otra parte.

Esto ¿qué nos hace?, en el momento que aprovechamos por ir desde el discernimiento y no desde la receta, nos convertimos en adultos de derecho y de hecho. El Papa Francisco insiste una y otra vez en que se acabó la Iglesia canguro, no quiere laicos menores de edad, nos insiste en mayoría de edad, ya se nos ha acunado suficiente.

En la Conferencia Episcopal nuestros obispos hicieron un documento en el que dejaron muy claro que la nueva evangelización se hará sobre todo por los laicos, con lo cual la fuerza y la presencia que se nos da a nosotros en la Iglesia, no tiene parangón con ningún otro momento de nuestra historia arrugada.

A los que vivimos nuestro laicado desde la vida religiosa hay una palabra que nos viene resonando desde hace tiempo, que es el de la “misión compartida”, que parte de una idea clara: que cuando todo el mundo dice que es la hora de los laicos, yo prefiero pensar que es la hora de todos. No es el relevo de los religiosos que se echan a un lado y ahora estamos los laicos, los sacerdotes se quedan dentro y los laicos estamos fuera, sino que vamos mano a mano.

Es verdad que en muchas situaciones se ha tenido que hacer como una necesidad; la falta de vocaciones ha hecho que los laicos tengan que tomar partido y que tengan que dar un paso adelante por la situación que hay en muchas parroquias, colegios, centros sanitarios... y esa necesidad ha hecho que lo vivamos con convicción, y que hayamos roto con esa dicotomía de uno decide y el otro ejecuta. Evidentemente estamos en ese camino, y ese camino sólo es posible lograrlo con una palabra que yo también llevo tiempo intentando llevarla en mi vocabulario interior, que es la “corresponsabilidad”. Somos corresponsables los unos de los otros, los laicos de los sacerdotes y los sacerdotes de los laicos, los obispos de nosotros y nosotros de nuestros obispos. Y no sólo en la tarea, somos corresponsables de la evangelización del otro. No tiene sentido compartir la misión evangelizadora si no estamos compartiendo con el otro nuestra vida.

Esto exige huir del clericalismo de ida y vuelta. Les explico qué significa para mí el clericalismo de ida y vuelta. El ideal lo tenemos claro, sabemos que la idea tradicional de que es el sacerdote el que manda y el laico ejecuta, y desde ahí está muy bien la corresponsabilidad, porque no se genera ningún problema. Pero en ocasiones somos nosotros los que fomentamos ese clericalismo, porque en muchas ocasiones se nos han ofrecido acciones, planes, estar al frente de determinadas instituciones y no hemos dado la talla, porque sabemos lo que implica mojarse y la dimensión cien por cien por nuestra Iglesia, y hemos dicho “no, no, esto que lo coja el sacerdote, o esto que lo coja la monja, que en el fondo cuando sean las cinco yo me voy”. En muchas ocasiones es verdad que en nuestro contexto familiar y en nuestro contexto laboral es complicado, pero en otras sí que ha sido nuestra principal armadura para fomentar ese clericalismo, y para ser nosotros los

que hemos fomentado esa situación, con el otro riesgo que dije antes que es la falta de vocación, que una cosa es misión compartida y otra es misión revuelta.

¿Qué implica esta misión compartida? Pues primer ser voz de anuncio. Los laicos no podemos ser dentro de nuestra Iglesia reactivos, se nos invita a ser proactivos, a proponer, proponer iniciativas. Y ahí sí que les hablo desde la experiencia, quizá he tenido mucha suerte, pero puedo decir que quizás el noventa por ciento de las iniciativas que yo he propuesto en mi “casa” se han puesto en marcha, y si no se han puesto en marcha ha sido por determinadas circunstancias y sí se ha hecho más adelante. Y también tenemos que ser voz de denuncia, en ocasiones incómoda, y aquí también hay que distinguir cuándo queremos ser denuncia crítica y sana –en esto también insiste mucho el Papa Francisco, frente a las resistencias–, y cuándo de críticos pasamos a criticones.

Damos un paso más. Así podríamos remarcar nuestra actitud, de nuestros grupos parroquiales, de nuestro trabajo con nuestros más allegados, con nuestra comunidad. En nuestra Iglesia ¿cómo tiene que ser nuestro trabajo intraeclesial como laicos? Debemos de ser entregados, entendiendo ese entregados como trabajo en comunión. Hablábamos antes de la cultura del encuentro y está muy bien, es muy bonito que hablemos del encuentro con los no creyentes, con las otras confesiones cristianas, el encuentro entre polos opuestos políticos, pero ¿qué hay de la cultura del encuentro intraeclesial? A veces nos hemos olvidado, a veces entre nosotros laicos, entre yo que me he criado con los calasancios y aquel que se ha criado con los agustinos, y esa persona que es de la obra y aquel que es de los legionarios, y este que es de parroquia, hemos buscado más nuestra idealidad propia que aquello que nos une, que es lo fundamental, que es la persona de Cristo. Por eso la necesidad de ese trabajo juntos, de ese pluralismo, y de una comunión que sea comunión en la diversidad y no unión conmigo. ¿Esto que supone?, pues supone más trabajo la verdad, ya sabemos que cuando uno se prepara solo una ponencia o una conferencia o un libro, tarda lo que tarda, y cuando lo quiere hacer a seis manos tarda el doble, pero la riqueza que supone es mucho mayor y es verdad que en muchos momentos implica tensión pero los frutos son muchos mayores.

Hasta ahora Iglesia en salida dentro de nuestra propia Iglesia, y ahora ¿cómo tiene que ser nuestro papel hacia la sociedad? Nuestra llamada es a ser creativamente fieles. Primero fidelidad a nuestro ser laico dentro de la Iglesia, a lo que ya conozco. Seguir presentes en la catequesis, en la acción litúrgica, en la pastoral, en la proporción de la caridad social y la justicia, Cáritas, Manos Unidas, las distintas ONG de la Iglesia, toda la obra asistencial que hacemos y de promoción, en lo que yo he denominado aquí los “oficios eclesiales”: todas esas tareas que hemos ido asumiendo los laicos, desde las clases en un cole a la presencia en los tribunales eclesiásticos, y a los ministerios laicales, que saben que todavía queda

mucho por desarrollar en las celebraciones de Palabra, en la presencia de los acólitos y demás, el diaconado... Y además de ser fieles, nos toca ser creativos. Si decíamos que la fidelidad es cambio, primero en ese desarrollo de los ministerios laicales, en general en los espacios de gestión y animación –ahí tenemos que nos llevan la delantera algunos sacerdotes como el padre Ángel, o vemos que en la diócesis de Barcelona también se está abriendo una parroquia que abre 24 horas–, y en el papel de la mujer, asunto en el que insiste también mucho el Papa Francisco y en el que tenemos que trabajar aún.

Pero ¿qué ocurre? Que aquí también hay una tentación en esto que les hablaba de presencia de los laicos, presencia tradicional de la Iglesia, y lo comenta el Papa Francisco, y es el pensar que el laico comprometido es sólo aquel que trabaja en horas de la Iglesia y en cosas de la parroquia y de la diócesis, y claro, poco hemos reflexionado en acompañar a un bautizado en su vida pública y cotidiana. En Puebla dijeron los obispos latinoamericanos que los laicos deben ser hombres de Iglesia en el mundo sin dejar de ser hombres del mundo en el corazón de la Iglesia.

Se nos invita y se nos propone a ser motores de cambio, si hemos dejado de ser referencia no significa que hemos dejado de ser influyentes, podemos ser una minoría creativa, y para eso tenemos que presentarnos ante el mundo como lo que somos, que somos el grupo del Sí. Muchos nos han querido presentar como el grupo del No, o el grupo del No al aborto, y nosotros tenemos que hacerles ver que somos el grupo del Sí a la vida. En muchas ocasiones nos han querido ver como que somos el grupo del No al progreso en lo político, cuando hemos sido el grupo del Sí, miren al cardenal Tarancón, y miren lo que está pasando en Venezuela, y miren en todos los regímenes dictatoriales quién está dando la cara por todos aquellos que lo pasan mal y dan la cara por todas las situaciones de injusticia. Eso es algo que nos tenemos que llevar grabado en la piel, que somos el grupo del Sí, con una presencia en el trabajo, primero con esa santidad en lo cotidiano, siendo responsables en nuestra tarea diaria y cotidiana, siendo los mejores, desde ahí somos referencia.

Si usted es empresario – y lo dice mucho el Papa– promoviendo relaciones de justicia y dignidad ante sus empleados; en la política hoy en día no hay ningún partido político que sea cien por cien evangélico pero es que tampoco lo va a haber, y no sé hasta qué punto no sería beneficioso –y ahí lanzo la reflexión del gran papel que todos estos laicos que estuvieron en la Transición dentro del espectro político y que fueron levadura, ellos fueron los que hicieron posible el consenso de la Constitución que tenemos hoy–; y creo que precisamente en un tiempo ahora de fragmentación política y social el hecho de que haya cristianos en todas las opciones políticas, lejos de mostrarnos una Iglesia dividida, creo que nos enriquece y creo que en la sociedad es lo que nos va a hacer más fuertes y más presentes. Más presentes en aquellos partidos donde su sensibilidad social es mayor, que se haga real

esa doctrina social de la Iglesia, y en aquellos que defienden postulados de defensa de la vida, que se encaminen a esa defensa firme de la vida y que no abandonen esa firmeza.

Y continuar como promotores sociales. Les propongo una reflexión que hizo el cardenal Sebastián hace unos años y que a mí también me interpela cada vez que la leo. Decía “*¿Entra dentro de los fines de un movimiento de Acción Católica promover un determinado modelo de economía, o de contratos laborales, o de precios de los productos en el mercado? Esa puede ser muy bien una batalla que lleven adelante los cristianos desde dentro de asociaciones civiles, inspirados y guiados –ellos, no las asociaciones- por sus convicciones cristianas*”. Es otra reflexión que les lanzo sobre nuestra presencia como promotores sociales.

Ya nos decía Fernando Vidal, del Instituto de Política Familiar, que también a mí como laico me está haciendo reflexionar en estos meses y que va en esta línea de nuestra presencia en el mundo, es la urgencia de “revecinalización”. Hemos vivido unos años en los que por forzar nuestra identidad y la identidad de nuestras parroquias, las hemos convertido sólo y únicamente en templos –en algunos casos, no estoy generalizando– y nos hemos olvidado de ser vecinos del barrio. Antes en muchas ocasiones nuestras parroquias han sido encuentro de asambleas vecinales, han sido centro cultural, han sido lugares donde se debatían y se planteaban movimientos y encuentros y citas para luego llevarlas al Ayuntamiento. Y es verdad que nos hemos mirado tanto a nosotros mismos y hemos sido tan autorreferenciales que nos hemos olvidado literalmente de los barrios. Y yo creo que esta propuesta de “revecinalizar” sería muy interesante –a vosotros os lo digo como laicos de Madrid– a la hora de tener más bien presencia en los distritos, de que seamos gente y personas creíbles a la hora de proponer iniciativas sociales, o iniciativas que tienen que ver con nuestros barrios, y desde allí es una manera de ponernos en contacto con el otro y de hacer ver cuál es nuestra mirada de Iglesia de rescate a los demás.

Con todo esto ¿cuál debería ser nuestro kit de laico en salida, cómo tenemos que cargar nuestra mochila para hacernos presentes allá donde queramos como laicos en salida?

Primero, tenemos que meter en la mochila de laico en salida nuestra vida, con nuestros “hay que hacer”, con nuestros dones y debilidades, y con nuestra oración como el encuentro con Jesús. Con lo que hemos tenido antes de esta ponencia, sin ese encuentro en la Eucaristía, sin ese encuentro personal con Jesús no tiene sentido una Iglesia en salida.

Segundo, en la mochila no debemos olvidar meter todo lo que son nuestras guías y nuestros instrumentos de trabajo, que son el Evangelio, el Vaticano II, y todo el magisterio del Papa Francisco, tanto el cotidiano, como la Alegría del Evangelio, Laudato Si y la Alegría del Amor.

A los demás, a los otros, a esa comunidad que nos acompaña y nos impulsa, comunidad parroquial, comunidad colegio, comunidad familia, esa comunidad que nos alienta y que sabe de Iglesia doméstica.

La formación, la he pasado de puntillas durante toda la ponencia, pero no quería que se me olvidara en este punto final. No podemos ser Iglesia en salida si no podemos acompañar en condiciones también desde nuestro conocimiento. Esa familia de la que hablábamos antes no puede ser acompañada si yo no sé bien primero qué es la maternidad subrogada y segundo si no sé cómo transmitírselo. Para ello es esencial que nos probemos, y en este tiempo además esencialmente Doctrina Social de la Iglesia.

Conciencia del sacerdocio común por el bautismo, ser consciente de que somos corresponsables de la misión del otro y del lugar del otro, de nuestros sacerdotes, de nuestros obispos y de nuestros religiosos.

Y, sobre todo, mirar al mundo con ojos de Dios. Mirar al mundo con esas gafas, con estos ojos de Dios, desde otra manera, ese papel arrugado que sigue siendo un papel en blanco para todos los laicos que tenemos un papel en la Iglesia en salida.

PALABRAS DE D. CARLOS OSORO SIERRA

En el twit que puse yo esta mañana para el día de hoy digo, valiéndome del Evangelio *“déjate llevar por Jesús y contempla su belleza. Escúchalo y baja a caminar con los hombres regalando la belleza de Dios”*.

Yo creo que este el ánimo que nos ha dado a nosotros la ponencia de José Beltrán: una Iglesia en salida, una Iglesia que vive desde la sinodalidad, que cuenta y escucha a todos los discípulos porque no hay unos más listos que otros, hay discípulos de Jesús. Una Iglesia que manifiesta lo que tiene que ser en la vida del Papa Francisco, nos habla de esta vida que en definitiva es lo que nos dijo Jesús cuando antes de subir a los cielos cogió a los apóstoles y les dijo *“Id por el mundo y anunciar el Evangelio”*. En el fondo el Papa Francisco, y en la forma, es lo que nos está diciendo a todos los cristianos.

Por otra parte es una Iglesia que es verdad que se manifiesta en una preferencia, y esa salida la tiene que hacer a los caminos donde más están sufriendo los hombres. El año de la misericordia el Papa lo inaugura en Centroáfrica donde había habido y sigue habiendo situaciones de conflicto, de enfrentamiento. Hemos visto hace pocos días cuando se le daba

el premio al cardenal de Bangui y al imán de Bangui también, el Premio al Mundo Negro a la Fraternidad, porque en ese conflicto que quitaba vidas, peligraba la vida del imán y el cardenal fue a buscarlo a casa, cogió a su mujer, a él y a sus hijos, y se los llevó durante 6 meses a vivir a casa del cardenal, donde parecía que no peligraban, y si peligraban, peligraban todos. No es extraño que el Papa eligiese una catedral que casi no tenía puertas para inaugurar el año de la misericordia, y era una llamada también a los discípulos, a nosotros, a todos nosotros.

Una iglesia que vive la lógica de la continuidad. Hay gente que está intentando enfrentar al Papa Francisco con otros Papas, es mentira. En la Iglesia no hay antes y después, es la misma Iglesia, la misma que comenzó en Jerusalén es la que está ahora en Madrid, la misma; pero es verdad, esa Iglesia va a los caminos de los hombres, donde están los hombres, y en cada tiempo hay caminos diversos. Ahora algunos los tenemos asfaltados, entonces no había asfalto.

Una iglesia que el Papa Francisco ha hecho que nos ponga nuestro Señor en movimiento a todos, que se nos quiten los miedos para entrar a los lugares donde el hombre vive hoy, para mostrar el rostro de Jesucristo nuestro Señor. Es la llamada y la originalidad de una propuesta de vida y de relaciones entre los hombres que es la que nos entrega Jesucristo: relaciones de amor, de entrega, de servicio, de fidelidad. Si es lo que nos gusta a todos los hombres, ¿cómo vamos a estar nosotros a veces dudando de los caminos que se nos proponen en estos momentos, si es lo que más desean, sobre todo aquellos que están padeciendo peores situaciones? Todos estos hombres, precisamente, aunque no crean miran a los sucesores de Pedro, porque está pidiendo para ellos, en definitiva, lo que nos pidió Jesucristo que nosotros entregáramos.

Si el Papa Francisco ha producido en muchos que miraban para otra parte y miraban en otra dirección, que vuelvan la mirada a Jesucristo y a la Iglesia, yo creo que esto es un regalo, porque lo que hace mirar no son las palabras, lo que hace que volvamos la mirada son los hechos, son la coherencia. Es verdad que hay resistencias a veces a los cristianos, es verdad. Si es que no tienes claro, la resistencia viene ya por una parte clara. Si no se tiene claro que el sucesor de Pedro es Francisco, hay resistencia.

Por otra parte, creo que me parece que hoy hay mucha más gente que se ha puesto a la obra, como vosotros esta mañana, y trabaja sin miedo y en comunión total con el sucesor de Pedro. Es que si no es así hay poco porvenir en la Iglesia, porque Jesús prometió Su presencia y Su Espíritu a aquellos que elige y forman parte de la Iglesia, y según el estatuto que el Señor Jesús le ha dado a la Iglesia. Y por eso no tenemos miedo, no hay miedo. Dificultades, claro, el que no quiere abrir puertas siempre tendrá dificultades, hay que abrir puertas para dejar entrar a la gente.

Pero en definitiva es lo que nos propone el Concilio Vaticano II ¿o es que ya los cristianos hemos dejado de leer esto? Las Constituciones del Concilio Vaticano II nos hablan de esto. En los Decretos del Concilio Vaticano II se nos habla de las relaciones con otras religiones, hay Decretos muy especiales también con el mundo judío, del cual nosotros procedemos. Un judío, y Dios se hizo hombre en el mundo judío.

Por eso, ¿posibilidades que tenemos?, pues todas, pero no nos creemos eso que nos han dicho “*yo estoy con vosotros siempre*”, “*no os abandono*”, “*estoy a vuestro lado*”, “*estoy de vuestra parte*”. Esto nos tiene que dar confianza a pesar de, a veces, momentos de dificultad. Yo creo que este momento que vive la Iglesia es un momento como todos los que nos dan los cristianos, pero hoy precisamente vemos la coherencia evangélica en un hombre que el Señor ha puesto al frente de su pueblo, en un pastor, porque eso es lo que convence: la coherencia evangélica, y eso es lo que da presente y futuro a la vida de los hombres, del mundo y, por supuesto, a la vida de la Iglesia.

Creo que no valen los profetas de pega, que son profetas de desastre, sólo valen profetas que vivan con pasión el anuncio de Cristo y el amor entrañable a la Iglesia, esos son los coherentes. Por eso yo os agradezco este encuentro y la pasión por vivir la pertenencia eclesial con todas las consecuencias, porque esa pasión tiene su origen en lo que esta mañana os decía: en el encuentro con Cristo que nos pone siempre en salida, en buscar a los demás, no importa quiénes sean, sin poner condiciones.

Vamos a la búsqueda de los demás. Porque es que, además, si estamos convencidos de que el Señor es una riqueza grande para el ser humano y para la vida de los hombres, hay que llevar esa riqueza, si no somos egoístas, hacemos nuestro banco y sólo queremos los intereses para nosotros, y aumentamos el capital de egoísmo, no de otras cosas.

Por eso yo agradezco mucho a Rafael este encuentro que ha programado con el vicario de evangelización, pero a Rafael que es el responsable y delegado para el apostolado seglar, y muy especialmente también hoy a José Beltrán por esta ponencia que ha sido una ponencia abierta, que nos hace pensar. Él aquí no ha venido a dar una clase de teología como dijo al principio, ha venido a hacer mover el corazón, nuestra vida, para que pensemos. Porque los cristianos pensamos, no somos borregos que vamos uno detrás de otro, y que gracias a Dios eso lo demostramos.